



¿Pueden darse mayores y encantadoras extravagancias?

Francisco Paniagua Prado

Un artículo sobre el legendario poeta de Prosas Profanas publicado por Mariano Barreto en La Patria, provocó en los diarios una especie de discusión respecto de la personalidad de Darío, como hombre, como nicaragüense laureado en el extranjero y respetado y querido en América Latina. A mi juicio, en todo lo que va escrito hasta hoy, se ha olvidado por completo lo esencial, lo que importa desentrañar para bien de la razón y de la verdad: la estética del autor de Azul.

Su estética... alegan que no la tiene: el mismo esboza esta opinión: yo sostengo lo contrario.

Lo positivo del problema está, en algo que, a mi entender, no se compadece con el grado de adelanto relativo que alcanzamos por estas latitudes, en el rezago mental que padecemos por la falta de orientación en los métodos nuevos, que hacen de la literatura de última hora, un teatro sui generis, digno de estudio y atención especiales.

El procedimiento revolucionario y caprichoso de Darío - parece mentira- causa extrañeza por acá, y en España misma, lo reciben con aplausos y lo reputan la mejor presea de su campaña lírica.

La poesía no la forman hoy las palabras de corte académico o de agradable sabor retórico: la poesía es la música, la orquestación de los pensamientos, dentro de la universalidad de una idea atrevida y no gastada. Menéndez Pelayo, Valera -don Juan- eruditos, críticos, de ninguna manera poetas.

Crear, crear y crear: este es el secreto del triunfo perdurable en las encumbradas regiones del espíritu noble.

La prosa, que venga dentro de la gramática, en lo absolutamente necesario, y enseguida, que corra y corra, si viste clamide de belleza y el artista deshoja flores predilectas en los jardines de Apolo.

He ahí la estética de Darío.

Y luego... París. Porque España -¡oh gloriosa madre España!- concedido que posee su rica literatura, elevado minarete donde brilla ahora un faro espectral, sin embargo, todavía desgraciadamente, no ha brotado en ella una generación que

arrume las gastadas corazas y despliegue el oriflama de tendencias que deslumbren.

El mundo pensante habrá de reconocer en Verlaine -infeliz Lelian! al genio soberano de la rima sonora y robustas: domina por sus versos admirables, donde la melodía florece en un himno triunfal, más, encanta sobre todo por su indumentaria artística. Extraña postura la de este monomaniático ebrioso, que teme a Dios y ama a la Santa Madre María, que vive en la blasfemia y en el pecado, para subir acto continuo al monte de la Piedad.

... a la Rose

Inmense dos purs vents de l'amour

... A la chaste abeille qui se pose

Sur la seule fleur d'une innocence mi-close.

Es esta complexión de ángel y demonio, de iluminado y de incrédulo, lo que atrae y pasma y hace fijar los lentes de examen en tan raro ejemplar de la insania dolorosa.

Tras Verlaine, Mallarmé, el que recogió el roto clarín épico del desventurado maestro de Les Poèmes Saturniens, por unánime y reflexiva voluntad del cenáculo intelectual parisiense.

Y así es como yo me explico el estudio de Darío sobre el mago de Les Fenêtres: páginas de asombrosa incoherencia con reflejos de un conocimiento intuitivo de su obra sorprendente. "Las formas últimas del pensamiento europeo son perfectamente intraducible al castellano, lengua de conquista o de adoración pagana, en la que se desvanecen las penumbras". Tal para cual.

Insisto: ignoramos los modernos procedimientos estéticos.

Ha de admirar por aquí, que la veta literaria suba hasta la especulación en las regiones macabras.

El satanismo, la magia, sirven de rico y no explotado filón a Huysmans y a Jules Bois escribir libros admirables donde las tradiciones antiguas y viejos ritos religiosos -un catolicismo romántico- aparecen dibujados por el lápiz de esos artistas con tonalidades peligrosas para la Teología romana. Fuera de ésto, ellos presumen, trascienden el amor a su



Rubén Darío

modo, y lo revelan en escenas abracadabrantes una llamarada roja de sensualismo atroz-, escenas en que la cantárida provoca los espasmos infinitos en las mujeres cloróticas y en los mozos imberbes consumidos por las fiebres de los deseos lúbricos.

Además... creen en el ocultismo, en la Misa negra, y el sabat..

¿Pueden darse mayores y encantadoras extravagancias?

¿Y el masoquismo, el sadismo y el fetichismo?

Por el otro lado, ¿y el vizconde de Vogue y Leon Bloy?

Necesitamos -pues- regocijarnos con esos estragos literarios en cerebros malsanos, para que no nos cieguen los fugaces resplandores que de cuando en vez van certeros a herirnos la retina.

Para mí, ahí está lo positivo del problema, lo repito.

Me refiero a Nicaragua, aunque podría concretarme a las Américas hispanas, excepción sea hecha de México y la República del Plata.

Va pasando el turbión, felizmente, por el espontáneo y difícil esfuerzo de un escaso apostolado intelectual, pero, aún se piensa en Nicaragua en el bárbaro absolutismo de la gramática, en la métrica encogida, en el riguroso surco del léxico español, tiraje de 1884. Las reglas! Los neologismos! Donosa salida para los improproductores en cuyo huerto no canta el ruiseñor aladas armonías!

Sucede que nuestros amables Aristarcos se asustan cuando oyen que el joven heraldo de la aristocracia de las letras, anuncia: invento! novedad! Lucidos se quedarán los señores profesores con su pendón ar-

caico.

Leo en un segundo artículo con que Darío abre la sección americana de Vida Nueva, que el doctor argentino Luciano Abeille provoca una revolución en el lenguaje de su país, revolución que acredita ciencia profunda y no común altura mental.

Sepamos de Abeille: el lenguaje se asemeja a una tabla de bronce en que cada generación y cada elemento ha grabado algunas líneas: pretender reducir el argentino al castellano, no sería sino querer borrar los caracteres y rasgos que le dan todo su precio. Es como si se redujera el español al latín, tentativa no sólo vana é ilógica, sino también contraria a la historia y a la lingüística.

Darío seguidamente escribe: el purismo es hoy ya planta rara en el Río de la Plata; en cambio, en Tegucigalpa de Honduras o en León de Nicaragua, no falla el licenciado fósil o dómine indígena que ande con la cerbatana o la flecha a caza de galicismos.

Párrafos llenos de punzante intención: apenas le cambiaría yo la frase León de Nicaragua por Granada de Nicaragua. (Por la verdad y por la justicia).

Llegaremos, sí, llegaremos tarde o temprano, a la florescencia de un nuevo Sol que disipe las brumosas "hinchazones retoricistas" de los apagados al tiempo viejo. A la juventud le corresponde el trabajo del presente para preparar la aurora del mañana.

Métodos nuevos, nuevas armaduras, ornamentación característica: un ideal! un ideal!

Y para cerrar con llave de oro, las hermosas palabras de Ramiro Maeztu, valientemente exhibidas cerca de la ilustrísima Academia Española, como si dijéramos, en el riñón del optimismo ideológico:

El espíritu americano necesita otros moldes, necesítalos también el espíritu español, que no es el andaluz, ni el mallorquín, ni el castellano, ni el vascongado, ni el catalán, ni el valenciano, ni el aragonés, pero que es un compuesto de los espíritus de estas regiones. Hemos de crear el español para hacer patria, y esto no se consigue más que despedazando el diccionario y echando la gramática a los perros.